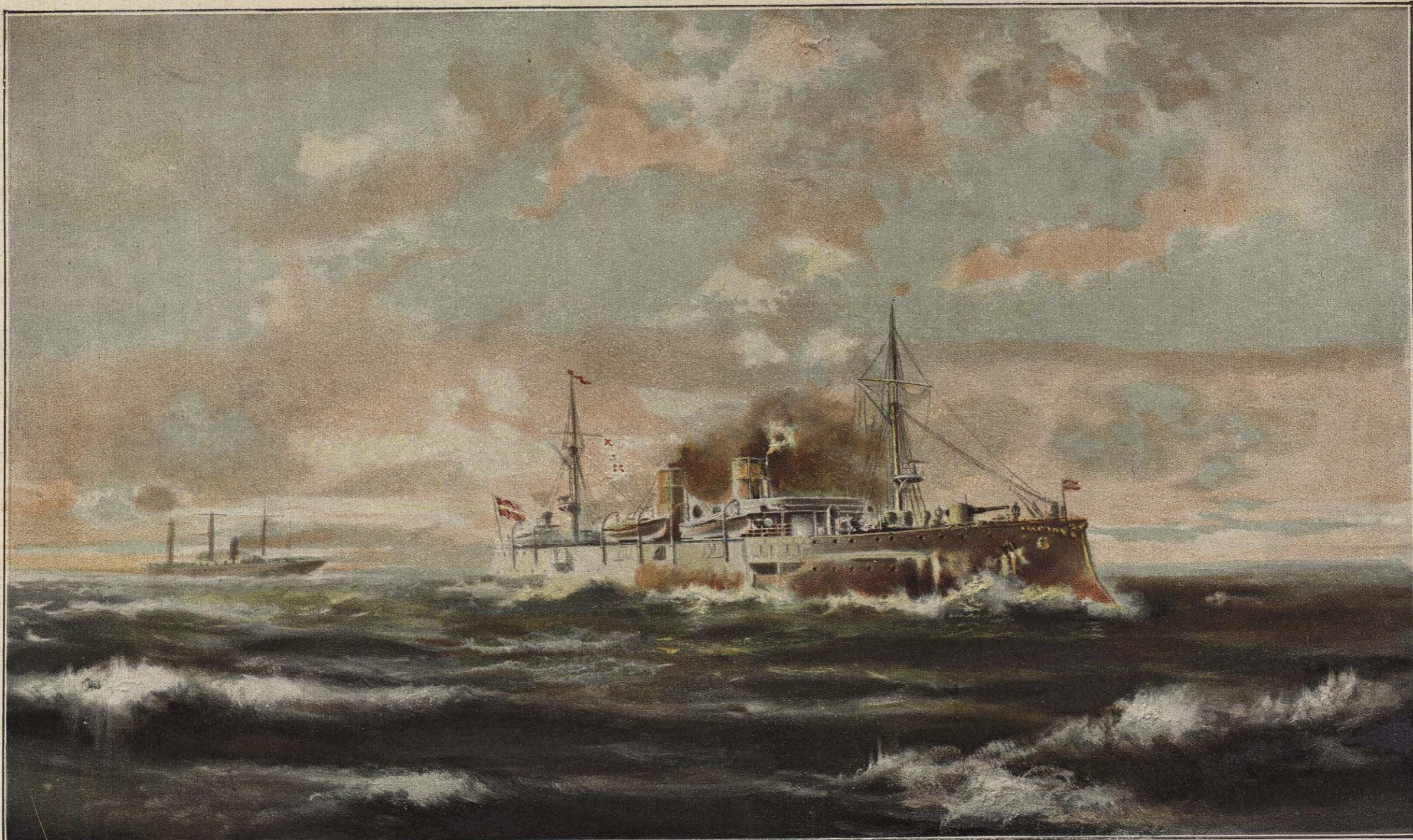


MANUEL LARRAVIDE



CRUCERO «RIO DE LA PLATA», REGALADO Á ESPAÑA POR LOS ESPAÑOLES RESIDENTES EN LA REPÚBLICA ARGENTINA

Salón París.



Cuadro de Cecilio P. A.

ESTRELLA

Al atardecer de un día en el verano de 1892, paseaba lentamente un hombre de traje monástico, por un camino solitario en las inmediaciones de Orense. Era de mediana estatura y delgado, pero lleno de nobleza y dignidad; su pálido rostro y meditabundos ojos revelaban la apacible tranquilidad del alma. Después de largo rato de paseo sin encontrar persona alguna, al atravesar una senda, vió á un niño apoyado en el tronco de un árbol y llorando amargamente. Al llegar á aquel sitio, se detuvo el religioso y le preguntó:

—¿Qué tienes, querido niño? ¿Por qué te afliges de esa manera?
—¡Ah! señor, ¡he perdido á Estrella! ¡la he perdido para siempre!
—¿Y quién es Estrella, querido? ¿Es acaso tu hermana?
—¡Oh! no señor, es una vaca, la única vaca que tiene mi pobre madre. La habíamos comprado hace tres años, cuando era muy joven. Yo le daba el pienso y la cuidaba, y ella correspondía haciéndome mil caricias. Me seguía siempre, y cuando quería ponerla la red blanca sobre la frente, bajaba dócilmente la cabeza. ¡Qué hermosa estaba con la red! Como era enteramente negra, brillaba la red blanca en su frente. ¡Por eso la llamábamos Estrella!

El religioso le interrumpió:
—¿Pero no refieres cómo has perdido la vaca?
—¡Ah! señor, al ir á ordeñarla, no la ha encontrado mi madre en el campo, y la hemos buscado en vano toda la mañana. Mi madre cree que la han robado.

Diciendo esto, empezó á llorar de nuevo el niño.
—Enséñame el camino de la casa donde habita tu madre,—le dijo el religioso.

El niño, que era obediente, le acompañó al instante hasta una humilde pero aseada casita en medio del campo. Dentro encontraron hablando á la buena Juana. El religioso se enteró de que era viuda y dueña de aquella pobre posesión, donde vivía con su hijo. El principal medio de subsistencia consistía en la vaca, cuya pérdida lloraba Pedrito amargamente.

—Por fuerza han debido robar el animal,—decía la mujer;—pues de otro modo no se hubiera separado de estos alrededores. ¡Nos quería tanto para que nos abandonase!

—Cierto que sí, madre mía,—decía Pedrito;—no lo hubiera hecho aun estando suelta.

—¿Cuánto vale una vaca?—dijo el religioso.
—La semana pasada me ofrecieron por la mía treinta y siete duros, y no quise venderla.

—Pues bien, hágame usted el obsequio de recibir estos cincuenta duros, para comprar otra en el mercado próximo.

La pobre viuda, llena de sorpresa y gratitud, no acertaba á proferir una sola palabra y apenas pudo dar gracias á su bienhechor cuando éste se despidió.

Para disfrutar de la belleza de la tarde, prolongó su paseo el religioso, luego que se separó de la casita. Al cabo de un rato, al resplandor del crepúsculo de las benignas noches de julio, vió un bulto negro que se le aproximaba. Cuando estuvo cerca, distinguió que era una vaca con una red blanca en la frente. El pobre animal estaba cansado y dió un lastimero berrido siguiendo su camino. ¡Quién pudiera creer que no fuese Estrella! No lo dudó un momento el religioso y, tomando el cabestro de la vaca, quiso llevarla él mismo á la pobre viuda para contemplar el gozo de Pedrito al ver á su animal querido.

La dócil vaca siguió al religioso hasta llegar á la puerta de la casa, donde hicieron alto. Como la tarde era calurosa, estaban abiertas las ventanas y desde fuera se veía cenar á la viuda y su hijo. Pedrito estaba sentado precisamente frente á la ventana, y por esta razón oyó el religioso las siguientes palabras:

—Sí, madre mía, rogaré mañana y tarde por el buen monje; pero aunque tengamos otra vaca, sabe usted bien que no será nuestra Estrella.

En esto, llevó el muchacho las manos á los ojos para limpiar las lágrimas que corrían por sus mejillas.

Dió entonces un berrido la vaca, y al oírlo Pedrito corrió á la puerta. ¡Oh! ¡qué dicha experimentó en aquel momento! Mis lectores pueden imaginarse el gozo con que apretaba entre sus brazos el cuello de Estrella y besaba la red de la frente, mientras que el animal manifestaba á su modo un gran contento. El bondadoso religioso complacía en presenciar aquella escena, y sentóse luego un rato para descansar. Cuando se despidió, no sabían cómo manifestarle su reconocimiento madre é hijo, quienes le suplicaron recibiese el dinero que les había entregado, puesto que, habiendo encontrado á Estrella, no les pertenecía.

—Guardadlo, buena mujer,—dijo el religioso,—quizá pueda servirlo para la educación de Pedro. ¡Adiós, el Señor os bendiga! Acaso vuelva á veros otra vez.

Y sin querer decir su nombre ni permitir que le acompañase el muchacho, salió de la casa dirigiéndose hacia la ciudad.

Madre é hijo rogaron á Dios desde aquel día por su bondadoso bienhechor, por el caritativo Abad de Samos, Villarreal, cuyo nombre descubrieron bien pronto.

A. ARAGÓN FERNÁNDEZ

MISIONERO APOSTÓLICO

BELLAS ARTES

El cuadro original de Cecilio Pla que figura en el frontispicio de este número, más que una escena de costumbres, es un capricho artístico que tiene sus ribetes de símbolo.

Símbolo vulgar y trivial si se quiere, pero del que arranca todo un estado social que ha dado tema de regocijo á escritores y artistas.

En la graciosísima muchacha que llena el cántaro ¿quién no reconocería la *Mene-gilda* de la popularísima canción, que fué en su tiempo la *Marsellesa* de la clase *servil*? Y en los dos aguadores que la atisban sentados en sus cubas ¿quién no sabría ver el tipo tradicional que tanto ha hecho hablar de sí por su laboriosidad, por su sumisión y su avaricia?

Como se trata de un capricho, no hay que buscar en él grandes cualidades artísticas. El pintor ha dado una nota al correr del pincel, y lo ha soltado apenas logrado su propósito. Así y todo, el cuadro tiene una impresión simpática y una línea original.

Lo mismo ocurre con el apunte de *Segadora*, de J. Nogué, en cuanto al resultado, si bien en forma compendiosa recuerda bien el modelo natural.

En cambio, el *Regreso de las carreras* de José Cusachs, que ocupa la doble página



SRTA. ANGELINA KOLB AYALA.
Autora de la pieza de música que acompaña al presente número.

central, representa la consecución de una idea acariciada en la mente y realizada con todos los requisitos de una técnica segura y estudiosa.

Aquí destaca en primer lugar una composición vasta y difícil, abrumadora por el conjunto de sus componentes, pero vencida con sin igual pericia por un autor que ha hecho de este género el escabel de su fama.

El más exigente *sportman* no hallaría una tilde en lo que se refiere al modo de presentación del tema y á la exactitud profesional de los detalles. El Arte, por su lado, halla bien agrupados los varios elementos de la composición, natural el movimiento de los caballos, correctamente dibujados y bien distribuidas las masas de color. El *mail-coak* del primer plano, sobre todo, es obra de un colorista.

Gaspar Camps cierra la serie de sus meses decorativos con la *Alegoría del mes de Diciembre*, sintetizado, como todos, por una hermosa mujer en cuyos atavíos se ven atributos de la estación, mientras que acaba de caracterizar la idea la cuna del Salvador del mundo y la aureola luminosa que contiene la palabra NAVIDAD, síntesis de la efemérides más memorable de la cristiandad.

Los meses de Camps quedarán como muestra de un arte decorativo de buena ley, en la que se ha hecho una especialidad que no tiene rivales.

FRANCISCO CASANOVAS

J. NOGUÉ



SEGADORA